
LIBRO

Cristián Pérez, *Vidas Revolucionarias*
(Editorial Universitaria, CEP, 2013).

VIDAS REVOLUCIONARIAS

| | | |
|----------------|------------------------------------|-----|
| Carlos Ominami | Sobre <i>Vidas Revolucionarias</i> | 232 |
| Ricardo Solari | Morir luchando por los sueños | 240 |
| Lucas Sierra | El éxito de un fracaso | 259 |

SOBRE VIDAS REVOLUCIONARIAS

Carlos Ominami

Quiero partir agradeciendo y, sobre todo, felicitando al Centro de Estudios Públicos. Lo que están haciendo es una buena demostración de pluralismo y valoración de la diversidad.

Las historias que se narran aquí en *Vidas Revolucionarias* tienen muchos ribetes, muchos vericuetos y complejidades. Pueden gustar o no gustar, pero son historias que merecen ser contadas y creo que, desde ese punto de vista, el trabajo de Cristián tiene un enorme mérito.

Se dijo al inicio que esto forma parte de la conmemoración de los cuarenta años del golpe de Estado. Parto entonces con una pequeña reflexión sobre lo que estamos viviendo estos días, en torno a la conmemoración de los cuarenta años. Por de pronto, creo que ha sido un buen momento para presentar este libro. No soy el único, pero estoy sorprendido y también conmovido por la forma que ha adquirido esta conmemoración, que está siendo mucho más de lo que uno podría haber pensado hace algunos meses.

Déjeme decir lo siguiente: creo que no fue ningún sector político el que empujó o precipitó las cosas en esta dirección, yo diría más bien lo contrario. Si uno les hubiera preguntado a los principales sectores políticos del país, ¿quieren ustedes tener una gran conmemoración de los cuarenta años? Yo creo que habría buenas razones de lado y lado para no hacerlo. Del lado de la Alianza, se hubiese evitado esta discusión compleja sobre los “cómplices pasivos”. Del lado de la Concertación se hubiesen también evitado discusiones que están todavía en curso. No sé bien en lo que irán a terminar, que quizás tienen menos que ver con los cómplices pasivos, pero sí con algunos responsables activos que también están allí. Entonces, lo cierto es que esta es una discusión bastante incómoda para ambas coaliciones. Como diría mi hijo Marco

CARLOS OMINAMI. Doctor de Tercer Ciclo en Ciencias Económicas y Doctor de Estado en Economía, Universidad Paris X (Nanterre), Francia. Presidente honorario de la Fundación Chile 21. Ex senador y ex ministro de Economía. Dirección electrónica: ominami@chile21.cl.

Enríquez-Ominami, para el duopolio no era una buena discusión. Pero lo concreto es que estamos en esto.

A la inversa de lo que ha ocurrido hasta ahora, donde los medios de comunicación se caracterizaron más bien por el silencio, esta vez ha sido fundamental la presión de los medios en la dirección contraria. Hubo un canal de televisión que partió, los otros lo fueron siguiendo y hoy día lo que tenemos es una tremenda disputa, insólita por el rating que aseguran los programas respecto a los cuarenta años.

La verdad es que cuando me tocó participar en los treinta años con la apertura de Morandé 80¹ por parte del Presidente Ricardo Lagos, no podía sino pensar que ése era el momento máximo de las conmemoraciones respecto del golpe de Estado. Era la República, era el cierre de la transición. Creo que el Presidente Sebastián Piñera podrá decir que bajo su mandato tuvo lugar la mejor conmemoración de toda la historia.

Una última reflexión respecto a este tema: contrariamente a lo que uno pudiera pensar, no es tan cierto eso que el tiempo cura las heridas. Los cuarenta años están siendo más importantes que los treinta y quizá la conmemoración de los cincuenta será aún más importante de lo que hemos vivido ahora. El hecho de que existan temas pendientes es lo que hace que estas cosas en vez de irse apagando puedan ir *in crescendo*. Esto como rápida reflexión sobre la conmemoración de los cuarenta años.

El trabajo de Cristián Pérez, personalmente, lo vengo siguiendo desde hace algún tiempo. He tenido ocasión de conversar, de discutir con Cristián y debo decir que el trabajo que él ha hecho es francamente gigantesco. Es por muy lejos, el mejor historiador de movimientos como el Ejército de Liberación Nacional, el MIR, el Frente Patriótico Manuel Rodríguez, y me impresiona mucho su rigor y el gusto que tiene por el detalle. Arturo Fontaine eligió muy bien episodios que narran y que ilustran el conjunto de la obra².

Hay por cierto, y me quiero referir a continuación a eso, una tesis central en el trabajo de Cristián. Creo, sin embargo —y es una pequeña recomendación—, que sería bueno complementar este trabajo tan acucioso, con tanto detalle, de reconstitución a veces de la historia minuto a minuto, con algunas interpretaciones más globales respecto de estos

¹ Pequeña puerta de La Moneda por la cual circulaban los presidentes de la República de manera no oficial.

² Nota del editor: se refiere a la presentación de Arturo Fontaine Talavera durante la misma jornada.

procesos. Dejo planteada una modesta idea: a lo mejor en una segunda edición pudiera haber un capítulo de conclusiones. Están los seis fragmentos, la historia del Fundo San Esteban, la del Ejército de Liberación Nacional, los dos capítulos sobre el MIR, el capítulo sobre Allende y el GAP y el Frente Patriótico. Reitero, no sería malo pensar en un capítulo de conclusiones. No digo que no haya una conclusión en el texto, pero quizá se le pueda sacar más punta a la reflexión respecto de todos los elementos que están allí planteados.

Antes de ir al libro, dos o tres comentarios previos. Quiero decirle a Cristián que le agradezco mucho el honor de haber sido invitado a comentarlo. Me ha hecho trabajar, pero la verdad es que lo pasé bien.

Soy un comentarista bueno y malo a la vez. Puedo ser un buen comentarista porque sé perfectamente bien de lo que se está hablando, incluso podría agregar algunos detalles sobre episodios que narra Cristián. Lo he dicho muchas veces y con esto no pretendo impresionar a nadie: soy un sobreviviente de las historias que Cristián cuenta. Soy rigurosamente eso. Un sobreviviente de esas historias. Por de pronto, conté hace poco una de ellas: algunos me vieron en un reportaje reciente realizado por Televisión Nacional. Me preguntaron: ¿qué es lo que había hecho el día del Golpe? Yo conté y creo que nunca lo había dicho en detalle: tenía 23 años y fui de las personas que se tomó en serio la idea de que había que defender el Gobierno Popular y fue lo que traté de hacer en las condiciones que podía hacerlo un militante del MIR. No les cuento toda la historia, pero intenté resistir. Fui parte de un grupo de gente que se concentró hacia las cinco o seis de la tarde del día 11 de septiembre tratando de armar granadas caseras. La mayoría de las granadas no funcionaron, pero cuento esto para manifestarles que sé de lo que estoy hablando, y que soy testigo de las precariedades de todo el dispositivo militar del MIR y de la izquierda para enfrentar esa situación. Cristián narra un episodio muy trágico: la muerte de Edgardo Enríquez, el hermano de Miguel Enríquez, que murió en combate en octubre de 1974. Edgardo partió a finales del 75 a Buenos Aires. Yo era parte del pequeño grupo de las personas que íbamos a acompañarlo. Afortunadamente, por el retraso de la documentación, no partí a Buenos Aires, porque probablemente si lo hubiese hecho no estaría aquí comentando el libro de Cristián.

Soy parte de esta historia. Pero por otro lado, puedo no ser tan buen comentarista, porque no tengo la distancia propia que tiene un observador más externo de los acontecimientos.

Una última reflexión antes de entrar al libro. Y ésta es una reflexión bien de fondo que yo me hago: lamento que la mayoría de los protagonistas de este libro no hayan vivido como para poder contar directamente la historia.

La historia, en especial la del MIR, es la historia de un exterminio. Son cerca de 1.000 hombres y mujeres, en su mayoría dirigentes jóvenes, que se precipitaron finalmente al exterminio. Miguel Enríquez, en particular, era un dirigente —lo conocía, no mucho, pero lo conocía— que tenía la fuerza y la inteligencia para haber sido perfectamente el equivalente de un José Mujica o de una Dilma Rousseff.

José Mujica, como ustedes bien saben, es el Presidente de Uruguay. Fue dirigente de MLN Tupamaros. Dilma Rousseff fue parte de la izquierda armada brasileña. Ellos afortunadamente lograron sobrevivir. Desgraciadamente, el caso de Miguel fue distinto. Yo muchas veces me he hecho la pregunta: ¿qué fue finalmente lo que pasó por su cabeza? Tengo la sensación de que de alguna forma eligió su destino. Con todos esos dirigentes la izquierda chilena habría sido otra y, a mi juicio, mucho mejor.

Pero vamos al libro. Quiero hacer comentarios a cuatro de los seis fragmentos. El relativo a Allende y el GAP, los dos fragmentos sobre el MIR y la muerte de Miguel Enríquez y, si tengo algo de tiempo, decir un par de cosas relativas al Frente Patriótico.

La tesis central del libro es fundamental para entender esta parte tan dramática de la historia. Efectivamente, existieron grupos en Chile que pretendían ser vanguardias armadas. Pero en lo concreto, Cristián hace la demostración palmaria de que esos grupos nunca fueron amenazas reales para las Fuerzas Armadas. Eso es un punto fundamental que el libro deja meridianamente claro. Comparto enteramente esta tesis y cito textual: “En la etapa de 1975-1990, la izquierda chilena contó con algunas estructuras armadas, pero hasta 1973 éstas no tuvieron mayor desarrollo debido a cinco cosas”, que enumera Cristián, y creo que las cinco razones son verdad.

Uno, por el peso de la tradición electoral en segmentos importantes de sus adherentes. En segundo lugar, por las ambigüedades del Partido Socialista; en tercer lugar, por la posición comunista; en cuarto lugar, por una escasez de zonas donde sentar una fuerza guerrillera, y la legitimada opinión dentro de la izquierda en cuanto a que las Fuerzas Armadas chilenas eran finalmente el pueblo en armas y, por último,

por la negativa de Salvador Allende para fomentar la actividad armada de sus propios partidarios. Esa es la explicación que da Cristián y a mí me parece que está bien documentada. La comparto enteramente. Creo que un ejemplo de esto es justamente lo que narra Arturo Fontaine, que ocurrió el día del Golpe con el Presidente Allende y con su escolta. Ahí es bien impresionante el trabajo que hace Cristián, porque busca reconstituir la historia con múltiples detalles. Él se pregunta cuántas personas estaban con Allende en el momento de ingresar a La Moneda. Según él, eran entre 12 y 16; a los cuales se habría podido agregar el grupo de los 14, comandados por Bruno (jefe de la escolta), que venía de El Cañaveral, pero este grupo —lo esencial de la guardia personal de Allende— termina siendo detenido por la dotación de carabineros que estaba en la Intendencia de Santiago.

Estos dispositivos eran cualquier cosa, menos un ejército. No era un gran batallón, o un destacamento militar capaz de protagonizar el absurdo Plan Z o un sangriento Yakarta destripando a moros y cristianos. La verdad, se trataba de una fuerza extremadamente precaria, constituida, como se dijo, por entre 12 y 16 hombres que entraron con el Presidente ese día: decididamente no era un gran ejército.

La capacidad de fuego de la izquierda armada era mínima, por no decir ridícula. No tenía municiones. El general Prats en algún momento dijo que él había calculado que las municiones que tenían los distintos grupos armados, incluidos los de Patria y Libertad, si se ponían todos a disparar al mismo tiempo, no duraban más de 75 segundos. La capacidad de fuego de las Fuerzas Armadas chilenas no era diez veces más, sino diez mil veces mayor que eso. Esa era la realidad de los grupos armados en Chile. Desde ese punto de vista, ¿cuál fue el problema? Yo creo que, también lo he dicho en otras ocasiones, el principal problema de la izquierda armada y de buena parte del Partido Socialista fue hablar mucho de la violencia, hablar mucho de las armas, fue la grandilocuencia. Eso también lo dice Cristián. Fue la verborrea y un discurso que terminó siendo altamente provocador.

Las Fuerzas Armadas chilenas y el general Prats lo sabían, pero otros no. Otros pensaban que estos grupos armados eran mucho más de lo que eran y ahí había algo de malentendido, que era producto de esa grandilocuencia. No es casualidad, y eso también está dicho en múltiples testimonios, que los militares se sorprendieran ante la escasa resistencia, disminuida aún más por el llamado que hizo Allende en su

último discurso en La Moneda, cuando les pidió a los trabajadores de Chile que se replegaran y que no se hicieran matar.

Desde ese punto de vista —y por eso creo que el libro de Cristián es históricamente fundamental—, no es cierto que había que dar el Golpe para prevenir el Plan Z. No era cierto tampoco lo que también en algún momento se dijo sobre los cinco mil cubanos que estaban en Chile. Dirigentes políticos importantes han dicho que había cinco mil cubanos que eran parte de este dispositivo armado. La verdad es que los cubanos eran menos de cien, y tuvieron que rendirse y salir sin disparar un tiro el día 12 de septiembre, cuando fueron evacuados en algunos buses y llevados directamente al aeropuerto.

Ahora, y para ir terminando, continúo con la cita de Cristián: “este panorama de esta izquierda armada, que no era amenaza, sufrió algunos cambios en la década de los 80, cuando el Partido Comunista crea el Frente Patriótico para cuestionar el monopolio de las armas que tenía la dictadura militar. El Frente Patriótico consigue un desarrollo mucho mayor en comparación con las experiencias anteriores porque contó con militares de escuela, que habían luchado en Centroamérica, mayor cantidad y calidad de armas y una mejor infraestructura proporcionada por el partido”. Cristián afirma: “en el periodo 65-90, la izquierda logró dotarse de cierta capacidad militar, pero jamás estuvo en condiciones de enfrentar con éxito a las Fuerzas Armadas y por lo tanto, la alternativa de construir una sociedad socialista mediante la lucha armada no fue nunca viable”. Comparto enteramente ésta, que es la tesis central del libro.

En esto hay que hacer una precisión que es importante. La única batalla militar sería que hubo en Chile a lo largo de este periodo es la que tuvo lugar en 1986 con el atentado a Pinochet. Eso fue una batalla donde incluso las fuerzas regulares estaban en inferioridad de condiciones respecto de la guerrilla que tenía de su lado la sorpresa. Era una emboscada. Pero esa es la única. Un detalle que dijo a la pasada Cristián y que quizá historiográficamente puede ser interesante: pudo haber tenido lugar durante el Gobierno de la Unidad Popular otra batalla, el 29 de junio de 1973. El MIR tenía una reflexión muy crítica de lo que había pasado ese día, porque efectivamente, la capacidad militar del MIR, aunque reducida, le habría permitido enfrentarse a la asonada del blindado número dos, pero no alcanzaron a llegar a tiempo.

La precariedad de la izquierda armada queda también en evidencia el día del Golpe, cuando se produce la conversación entre las diferentes fuerzas políticas de la izquierda. Miguel Enríquez ofrece para ese día a las cuatro de la tarde, cuatrocientas personas, de las cuales cincuenta iban bien armadas, que era la fuerza que el MIR tenía. Esos cincuenta hombres o esos cuatrocientos se hubieran podido desplegar temprano el día 29 de junio, en contra de los diez tanques comandados por el coronel Souper. Eso pudo cambiar el curso de las cosas porque habría sido una batalla equivalente. Las fuerzas irregulares habrían podido ganar dado el nivel de improvisación de la asonada militar, que fue una especie de parodia de golpe de Estado.

Entre otras cosas, el apuro del general Prats y del general Pinochet para terminar rápido con esa sublevación tenía que ver con esto, porque había un riesgo de que si no lo resolvían ellos por los cauces institucionales, hubiesen surgido que lo resolverían por otros cauces, legitimando así la respuesta armada y abriendo paso a otro tipo de proceso. En todo caso, eso no ocurrió y quedará para la historia el hecho de que la única confrontación militar importante que existió en Chile durante estos años fue la del 86, en el atentado al general Pinochet.

Dos palabras sobre el fragmento seis, el relativo al Frente Patriótico Manuel Rodríguez. Es cierto que es la experiencia militar más relevante. Todavía me cuesta entender mucho el carácter totalmente extemporáneo de la decisión del Partido Comunista. Las primeras acciones del Frente Patriótico son en diciembre de 1983, diez años después del Golpe. Ese año ya se habían producido movilizaciones importantes en Chile, habían ocurrido protestas, era más o menos evidente que el curso de la lucha política por la democracia iba a ser de masas y no armada. Es muy impresionante que un partido inteligente, con una gran sabiduría como el Partido Comunista y que históricamente lo demostró, terminó muy extemporáneamente, muy atrasadamente tomando esa decisión.

Tomen nota, ¿qué hubiera pasado si hubiese tenido éxito el atentado al general Pinochet en 1986? No tengo idea, pero lo concreto es que eso estaba completamente a contracorriente del proceso general y llama la atención cómo un partido fuerte, con gran inteligencia colectiva, fue arrastrado a ese proceso. Es un tema sobre el cual habrá que investigar más. Con posterioridad lo que ha pasado con muchos de los sobrevivientes del Frente Patriótico es ya un proceso de descomposición, donde desde la violencia armada se transita directamente hacia la

delincuencia. Son las personas que terminan secuestrando por dinero, de ahí las acciones que conocimos —particularmente— durante la década de los 90.

Una observación pequeña en relación con el grueso de esta historia, pero bien importante. La justicia que le hace Cristián a un personaje que ha sido el más vapuleado de toda la izquierda chilena: Carlos Altamirano. Cristián rescata muy a la pasada algo que es totalmente cierto. El único dirigente socialista importante que estuvo hasta el final de este proceso, hasta el final de la tragedia con Allende, tratando de buscar una salida pacífica en torno al plebiscito, fue él. Terminó finalmente arrasado por los acontecimientos. Hizo el discurso que hizo, un discurso en el cual no creía mucho, un discurso que no tenía que hacer él, le tocaba a otro. Todo esto para decir que las cosas no son siempre como se cuentan y que es bueno que puedan existir historiadores, acuciosos como Cristián, para poner los antecedentes sobre la mesa y hacer una discusión más documentada sobre estos acontecimientos tan trágicos.

* * *

MORIR LUCHANDO POR LOS SUEÑOS

Ricardo Solari

Este año, la alineación de los astros propició circunstancias inéditas para reflexionar sobre la historia reciente de Chile. Se cumplieron cuarenta años del golpe de Estado que derrocó al Presidente Allende y veinticinco años del plebiscito que puso fin a la dictadura de Augusto Pinochet. Conmemoraciones, debates, seminarios, programas de televisión, documentales, películas de ficción fluyeron para indicarnos, una vez más, la importancia e impacto de esos acontecimientos en la vida pública nacional.

El mercado editorial no se ha quedado atrás. Junto con la reedición de publicaciones relevantes sobre el período, se pusieron en circulación decenas de libros nuevos¹. De calidad variable, estos textos ofrecen perspectivas originales, sistematizan información dispersa, sacan a la luz datos ignorados y redimensionan acontecimientos o procesos

RICARDO SOLARI. Economista, Universidad de Chile. Diploma en Ciencias Sociales, Flacso. Ex subsecretario de la Secretaría General de la Presidencia y ex ministro del Trabajo. Consultor en políticas públicas (BID). Dirección electrónica: ricardosolari@gmail.com.

¹ Véase el siguiente listado no exhaustivo, preparado gentilmente por Juan Carlos Fau y Maximiliano Díaz, librería Qué Leo: Carlos Dorat: *Asociación ilícita-1976 DINA Secreto reservado* (Ceibo); Ascanio Cavallo: *Golpe 11 de Septiembre de 1973* (Uqbar); Jorge Escalante: *Los crímenes que estremecieron a Chile* (Ceibo); Bruno Serrano: *Exhumación del olvido* (Ceibo); Carlos Basso Prieto: *La CIA en Chile* (Aguilar); Óscar Contardo: *Volver a los 17* (Planeta); Marisi Pérez Zujovic Yoma: *La gran testigo* (Catalonia); Mario Amoros: *Sombras sobre Isla Negra* (Ediciones B); Jaime Quezada: *El año de la ira* (Catalonia); VV. AA.: *Las voces de la reconciliación* (Instituto de Estudios de la Sociedad); Maura Brescia: *Mi carne es bronce para la historia* (Momentum); Álvaro Hoppe: *Chile 1973-1990 la dictadura de Pinochet* (Lom); Raymond Depardon: *Chile 1971* (Lom); Ignacio González Camus: *El día que murió Allende* (Catalonia); Jorge Dixon R.: *Aviación contra Allende y otros* (Escritores. cl); Steve J. Stern: *Luchando por mentes y corazones* (Ediciones Universidad Diego Portales); Francisco Marín y Mario Cassasus, *El doble asesino de Neruda* (Ocho Libros Editores); VV.AA.: *Golpe a golpe, 11 testimonios del 11* (Palabras Latinas); VV.AA.: *Golpe 1973-2013* (Ocho Libros Editores); Patricio Guzmán: *Chile en la retina* (Lom).

conocidos. No se puede menos que celebrar este florecimiento de miradas frescas sobre un período, a la vez, tan intenso y oscuro de nuestra historia.

En esta cosecha reciente destaca la publicación de *Vidas Revolucionarias*, escrito por Cristián Pérez y publicado por la Editorial Universitaria y el Centro de Estudios Públicos. A pesar de las apariencias, el libro de Pérez no tenía un propósito de oportunidad. La circunstancia de su entrega a público es solo una coincidencia poderosa con las efemérides mencionadas. Los trabajos contenidos en este libro son el resultado de una larga investigación, que incluye entrevistas, en distintos continentes, con protagonistas de los hechos que se relatan y la revisión de materiales esparcidos por bibliotecas, hemerotecas y centros de investigación en muchos países del mundo.

El autor es un historiador experto en la izquierda chilena y desde 1999, un destacado investigador del Centro de Estudios Públicos. Este riguroso trabajo no es posible de entender sin conocer su largo proceso de formación, que incluye una beca de investigación de la Universidad de Princeton. Además, tiene que ver con la aproximación directa de Pérez a los escenarios y las personas que sobrevivieron a las batallas de la izquierda chilena a partir de los años 60 y hasta los días finales del régimen de Pinochet.

Vidas Revolucionarias indaga sobre la izquierda armada chilena. Esta izquierda que navegó excéntrica a las coaliciones electorales que sustentaron las sucesivas candidaturas presidenciales de Allende y que sobrevivió pese “a la ambigüedad socialista y a la firme oposición del Partido Comunista hasta 1980” (p. 21), para seguir la descripción del propio Pérez. El libro muestra este recodo controvertido y desconocido de la historia nacional en sus distintas etapas, antes y después del golpe de 1973, ofreciendo una aproximación profunda a esa experiencia, a sus orígenes y al doloroso costo humano de sus tremendos fracasos.

El texto está dividido en seis secciones. Cada una de ellas relata un proyecto político-militar de la izquierda de Chile. Todas las historias, aunque su núcleo dramático en el tiempo y en el espacio esté diferenciado, son intrínsecamente interdependientes. Todas nos remiten a un espíritu de la época determinado por el carácter global del proceso político continental a partir del primero de enero de 1959, día de la entrada de los milicianos de Fidel Castro a La Habana.

Seis historias de la izquierda chilena

Fragmento I: El ejército del Che y los chilenos que continuaron su lucha

El plan del Che, luego del fracaso de su aventura africana, fue establecer un foco revolucionario en el corazón de Sudamérica, en la selva boliviana, en un lugar denominado Ñancahuazu. Bolivia era, en la consideración del comandante Guevara, el eslabón más débil en la cadena del imperialismo en este continente. Este foco, para ser posible y exitoso, requería una fuerte logística internacional. En ese contexto se crea la sección chilena del Ejército de Liberación Nacional (ELN), un caso mayor de cooperación política global entre revolucionarios. *Vidas Revolucionarias* revisa en particular el papel de los chilenos y específicamente de militantes del Partido Socialista en las tareas de ELN, que fue el nombre que asumió la formación político-militar creada por Guevara en 1966 y continuada luego por los hermanos Peredo hasta su desaparición en 1984². Los acuerdos del Congreso de Chillán exponen bien el marco intelectual en el que se desenvolvía la actuación de esos militantes. El libro relata la trayectoria que acontece a esa formación político-militar desde la llegada del Che a Bolivia y hasta su disolución.

² Acuerdos del XXII Congreso General del PS en Chillán (noviembre de 1967). Julio César Jobet: *El partido socialista en Chile*. Santiago, Ediciones Prensa Latinoamericana, 1971.

Además de la formulación del Frente de Trabajadores, el PS define:

“1.- El Partido Socialista, como organización marxista-leninista, plantea la toma del poder como objetivo estratégico a cumplir por esta generación, para instaurar un Estado Revolucionario que libere a Chile de la dependencia y del retraso económico y cultural e inicie la construcción del Socialismo.

”2.- La violencia revolucionaria es inevitable y legítima. Resulta necesariamente del carácter represivo y armado del estado de clase. Constituye la única vía que conduce a la toma del poder político y económico y a su ulterior defensa y fortalecimiento. Sólo destruyendo el aparato burocrático y militar del estado burgués, puede consolidarse la revolución socialista.

”3.- Las formas pacíficas o legales de lucha (reivindicativas, ideológicas, electorales, etc.) no conducen por sí mismas al poder. El Partido Socialista las considera como instrumentos limitados de acción, incorporados al proceso político que nos lleva a la lucha armada. Consecuentemente, las alianzas que el partido establezca sólo se justifican en la medida en que contribuyen a la realización de los objetivos estratégicos ya precisados”.

El entrenamiento del grupo había comenzado años antes en Cuba y formaba parte de un diseño destinado a formar insurgentes para combatir en todo el continente, iniciando esa operación en Bolivia, país de tradición revolucionaria, con un extendido campesinado, con condiciones geográficas compatibles, a juicio del comandante Guevara, para el desarrollo de un foco revolucionario y para la formación militar de cuadros que pudiesen emprender tareas de esa naturaleza en otros países del continente.

La narración de Pérez, nada autocomplaciente, describe el camino del Che en Bolivia como extremadamente precario en lo táctico e incomprensible en lo estratégico. El Che, quien escribió uno de los manuales más importantes de lucha guerrillera, se condujo por propia voluntad y de modo incomprensible al aniquilamiento. *Vidas Revolucionarias* narra el fracaso de la guerrilla del Che y de los hermanos Peredo, y trata por primera vez de un modo sistemático la participación chilena en esa aventura.

Esta participación tiene dos etapas: la primera, el apoyo a la guerrilla del Che y el rescate desde Bolivia, por el norte de Chile, de los derrotados sobrevivientes cubanos; aquellos que tenían la dura consigna de acompañar al comandante en la formación de ese foco guerrillero. En este aspecto la tarea de los chilenos era logística, es decir, de apoyo en la retaguardia. Aunque los estándares operativos sean cuestionables, esta colaboración tuvo como resultado contribuir a salvar la vida de tres combatientes cubanos, hombres muy próximos al frente América, y a su jefe Rafael Piñeiro (“Barbarroja”), pero por sobre todo contribuyó a evitar, por medios políticos y publicitarios, la posibilidad de su arresto por la CIA y su escarnio posterior.

En esta operación aparece con claridad el rol del presidente del Senado, Salvador Allende, de su hija Beatriz (Taty) y del periodista socialista Elmo Catalán, quien daría posteriormente su vida en esta causa. La decisión y voluntad del grupo chileno, logró mantener a salvo la integridad de los compañeros del Che, quienes abandonaron Bolivia e ingresaron a Chile por la frontera norte del país luego de la muerte del comandante, pero lograron terminar su viaje sanos y salvos en Cuba, con el senador Allende acompañándolos en parte importante de su trayectoria a casa. Este episodio significó un capítulo aparte en la disputa sobre la postura de Chile en la guerra fría.

La segunda etapa está vinculada a la promesa de los hermanos Peredo de volver a las montañas, en la selva boliviana, para reiniciar el foco guerrillero. Aquí la participación chilena es de otra naturaleza y toma la forma de una columna que se involucra activamente en el conflicto interno boliviano. Elmo Catalán, quien había colaborado en el rescate de los colegas combatientes cubanos del Che, viaja a Bolivia y se involucra personalmente en esta operación. Al igual que otros chilenos asume esta tarea pese a las increíbles exigencias físicas que implica sumarse al foco organizado por Inti Peredo en la altura altiplánica. La guerrilla de los hermanos Peredo es cercada y derrotada, algunos combatientes chilenos son muertos, otros logran escapar y el propio Elmo Catalán es asesinado por un militante de la misma agrupación guerrillera.

Una reflexión que surge de la lectura de este fragmento es que este plan del comandante Guevara, oficialmente respaldado por la dirección del Partido Comunista de Cuba, se plantea en total ruptura con la tesis impuesta por el Partido Comunista de la Unión Soviética, denominada “del socialismo en un solo país”. Josef Stalin desde fines de los años 20 del siglo pasado, y hasta el fin de la Segunda Guerra Mundial, impuso a los partidos comunistas de todo el mundo el deber de subordinar sus estrategias locales a la consolidación del socialismo en la URSS. El camino cubano apunta, en cambio, en el lenguaje de derecha, a exportar la revolución y en el propio lenguaje del Che “a crear un, dos, tres Vietnam”.

Algunos señalan, sin embargo, que ambas tesis no son contradictorias. Autores como Jorge Castañeda (ver *La utopía desarmada*, 1994) plantean la tesis de un doble juego en la acción del departamento de América, organización del Partido Comunista de Cuba, que apoyaba política y logísticamente la presencia del Che en Bolivia. En último término, la tremenda influencia, ganada a costa de la acción armada de la izquierda continental, incrementaba la capacidad de negociación del régimen de los hermanos Castro ante la presión norteamericana y el bloqueo a sus costas impuesto por ese país.

Fragmento II: La batalla del fundo San Miguel

Pocos procesos han generado más tensión en la historia de Chile que la transformación de las relaciones sociales en el campo. La Refor-

ma Agraria y la ley de sindicalización campesina son dos puntos culminantes de ese cambio profundo de la sociedad chilena.

Al amparo de la nueva ley de sindicalización campesina (aprobada en 1967) se puso en marcha una negociación colectiva, en la comuna de San Esteban, en la provincia de Aconcagua, territorio, además, de origen del autor de *Vidas Revolucionarias*. En los meses de junio y julio de 1968 se da inicio a la huelga legal del fundo San Miguel, proceso liderado por dirigentes sindicales socialistas vinculados a la Comisión Nacional Agraria (CONAS) de ese partido. El conflicto tuvo su base en una diferencia respecto de los reajustes salariales y los beneficios que exigían los sindicalizados. El momento correspondía a un periodo en que el despertar campesino significaba asumir por primera vez en una larga historia su condición plena de asalariados.

La huelga legal tuvo una extensa duración y contó con amplia solidaridad del movimiento sindical y de las fuerzas políticas de izquierda de la época, en particular de los parlamentarios y regidores del Partido Socialista. En esta solidaridad participó activamente Salvador Allende, quien visitó en dos oportunidades la zona para expresar su apoyo a los huelguistas. Al cabo del tiempo, y sin que se pudiese encontrar una solución en el marco de la negociación, los sindicalistas dan un paso más agresivo: toman el control de las instalaciones del fundo San Miguel. En la operación participan ya no tan solo sindicalistas, sino también “ayudistas” de la Juventud Socialista, quienes colaboran en las tareas de vigilancia y protección de las instalaciones, bajo la conducción de un sindicalista joven que en el texto de Pérez se denomina Aníbal Ruiz, el que habría recibido entrenamiento de guerrilla rural en Cuba. El planteamiento político detrás de la ocupación, según el dirigente Aníbal Ruiz, no era simplemente presionar para resolver el conflicto salarial, sino iniciar acciones armadas que serían ejemplares para el resto de los trabajadores chilenos y que convertirían a San Miguel en la Sierra Maestra de la revolución chilena.

El desalojo se concretó luego de una larga y dura jornada con una operación durante la cual participaron quinientos efectivos del Grupo Móvil (hoy Fuerzas Especiales). Los insurgentes intentaron resistir con armamento, explosivos caseros y fortificaciones. La batalla de San Miguel incluyó intercambios de disparos entre las partes del conflicto y la utilización de explosivos por parte de los ocupantes. La jornada terminó con la detención de la mayoría de los dirigentes campesinos, y

su respectiva presentación a los Tribunales de Justicia, desde donde, al tiempo, fueron dejados en libertad como resultado de la inmensa presión pública.

La toma de fundo San Miguel y la batalla que concluye con su desalojo, en 1968, establecerá un precedente respecto de la difícil y conflictiva realidad que se empieza a vivir en el campo chileno a partir de la Reforma Agraria y plantea por primera en la historia del Chile contemporáneo la defensa de los derechos sociales, no solo a través de la acción de organización de los trabajadores, sino además por medios armados.

Fragmento III: Salvador Allende, apuntes sobre su dispositivo de seguridad: el Grupo de Amigos Personales

De la lectura de las páginas anteriores, se percibe que Salvador Allende, además de sempiterno candidato presidencial (a fines de los años 60 del siglo pasado, ya tenía tres candidaturas en el cuerpo) era un protagonista permanente de los sucesos políticos del país.

Días después de su elección en 1970, el país ya vivió un episodio brutal de violencia política: el asesinato del comandante en jefe del Ejército, general René Schneider. Desde ese momento su seguridad personal pasó a ser un tema de creciente preocupación entre sus cercanos.

Beatriz Allende, la hija médico, militante socialista y colaboradora de la red de cooperación con el Ejército de Liberación Nacional, fundado por el Che Guevara en Bolivia, fue la persona encargada de tomar la iniciativa para que originalmente un cuadro militar formado en Cuba, Fernando, militante del ELN y del Partido Socialista, iniciase los primeros aprestos para organizar una guardia que asumiera la protección del recientemente nombrado Jefe de Estado. A fines de 1970, esta responsabilidad cambia de manos y es el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) el que asume la responsabilidad principal en la tarea de acompañar al Presidente recién electo en sus desplazamientos. Participan también del dispositivo militantes socialistas, algunos cuadros del ELN, ex comandos de las Fuerzas Especiales del Ejército y un número de militantes del MIR. A cargo del grupo fue designado el militante mirista Max Marambio, el que ha dejado plasmado su testimonio de ese periodo en el libro *Las armas de ayer* (2008). Marambio, quien

disponía de algún entrenamiento militar, conocía a Allende, por ser hijo del diputado socialista Joel Marambio.

El Presidente Allende estaba consciente que corría riesgo de ataques y agresiones. La decisión de designar a militantes del MIR en la conducción de su aparato de seguridad, era desafiante para su época, pues el MIR tenía un récord de acciones subversivas y al momento de que asumiera la Presidencia de la Republica, treinta de ellos —“jóvenes idealistas”, según Allende—, estaban en la cárcel. Para Salvador Allende, lo que ocurría es que esa gente tenía el entrenamiento y la capacidad de enfrentar eventuales amenazas. A la vez eran confiables y tenían el respaldo de un aval muy importante, Fidel Castro, quien personalmente se preocupaba que el grupo tuviese entrenamiento y un mínimo armamento homogéneo y en buenas condiciones para cumplir su misión. Uno de los momentos más altos en la tarea del GAP fue acompañar la extensa visita de Castro a Chile, visita que se efectuó en 1972 y duró casi un mes. Su denominación como Grupo de Amigos Personales surge de la respuesta del Presidente a la prensa que consultó por estos jóvenes que lo acompañaban. “Son amigos personales”, dijo Allende.

Diferencias de estilos de conducción con los militantes socialistas, concluyeron con la salida de Marambio. Pero el problema principal fue el intento del MIR de acrecentar su capacidad militar aprovechando su participación en el GAP, tanto para usar las instalaciones destinadas al entrenamiento, como también para utilizar el poder que brindaba esa posición cercana al Jefe de Estado para acceder a información y a apoyo. Esta situación obligó al Presidente a ejecutar el cambio de composición del GAP en su etapa final.

A mediados de 1972, Marcelo Schilling (PS) se hace responsable de la coordinación del GAP proponiendo una orientación que apuntaba a la profesionalización del grupo y su dedicación exclusiva a la seguridad del Presidente. El grupo queda conformado exclusivamente por militantes socialistas, quienes habían realizado su entrenamiento en Chile, con instructores locales, introduciendo fuertes principios de disciplina, algo quebrantada en la fase anterior, y una lógica de compartimentación indispensable en esas tareas para evitar la infiltración que es siempre un riesgo en los entornos presidenciales. El grupo tomó control de las dos residencias presidenciales de Salvador Allende: Tomás Moro y El Cañaverál.

El grupo disponía de alrededor de 40 hombres en su unidad de escolta, y unas decenas más que cumplían funciones de resguardo de los lugares de trabajo y habitación del Presidente. Su armamento consistía en armas de puño y subametralladoras para los escoltas y algunas ametralladoras y dos o tres bazucas para la protección de instalaciones. No disponían de chalecos antibalas. El trabajo de inteligencia era muy precario, tanto que no se pudo tener capacidad preventiva ni para anticipar el “Tanquetazo” de junio de 1973 y menos el golpe de Estado de septiembre.

El GAP desenvolvía su trabajo en el contexto de una gran presión y de campañas negativas de parte de la derecha y sus medios de comunicación. Estos ataques se acentuaron a propósito del asesinato del edecán naval del Presidente, capitán de navío Arturo Araya. La prensa de derecha y los conspiradores detrás del crimen responsabilizaron del suceso a un miembro del GAP, en una operación multipropósito, claramente preparatoria de un clima golpista.

El diseño de la defensa del gobierno constitucional, más allá de discursos y planes trasnochados, estaba basado en la confianza en los sectores leales de las Fuerzas Armadas, los que además, se suponía, eran mayoritarios. Los golpistas, en esta hipótesis, eran incapaces de quebrar la unidad y la lealtad al mando. Esto equívoco determinó en gran medida el triste desenlace.

Según *Vidas Revolucionarias* el 11 de septiembre encuentra al GAP en disposición de combate. Una parte de sus integrantes llega a La Moneda y es detenida, otra logra entrar con el Presidente y junto con un puñado de detectives, presenta batalla en defensa del gobierno constitucional. Luego del bombardeo de La Moneda y por instrucciones de su superior, el Presidente de la República, sus integrantes abandonan el Palacio rumbo a la muerte en manos de sus captores. El día 11 de septiembre, el GAP cumplió su tarea que era acompañar al Presidente en su destino.

Fragmento IV: Historia del MIR: “Si quieren guerra, guerra tendrán...”

Una de las grandes incógnitas del 11 de septiembre de 1973 es qué ocurrió con toda esa hipotética capacidad militar de que disponía la izquierda. Más allá de destacar el coraje de quienes decidieron resistir, los menos (ver Ignacio Vidaurrazaga, *Martes once la primera resistencia*, Lom), es evidente que los planes que se avizoraban en los discursos de los dirigentes, o contenían demagogia pura y dura o representaban

una lamentable pérdida de percepción de la realidad. Una realidad que en lo militar significaría a partir de la mañana del 11 de septiembre enfrentar a unas Fuerzas Armadas con unidad, mando y convicción de enfrentar y derrotar duramente a sus enemigos.

En el terreno militar los errores son muchos. Según *Vidas Revolucionarias*, los principales son la incapacidad de articular un estado mayor, la inexistencia de comunicaciones, la torpeza de pretender agrupar los combatientes en lugares de trabajo o estudio dejando libres las vías de circulación de las fuerzas adversarias. Pero la principal, la confianza ciega en la división de las Fuerzas Armadas.

El caso del MIR tiene un lugar en este análisis. Porque el MIR surgió a la vida política para llevar a cabo la revolución socialista con el apoyo de las armas. El MIR nace del desencanto de esa izquierda siempre frustrada por las derrotas electorales. La desconfianza en la vía electoral caló profundo en parte de la joven generación socialista y comunista, luego del triunfo de Frei Montalva en 1964, que se unió a un grupo de ex trotskistas para formar en 1965 el Movimiento de Izquierda Revolucionaria. “Desde 1967 la organización comenzó una política de mayor radicalidad enfrentándose a menudo con el gobierno. Particular atención pusieron en las acciones de propaganda armada y en operaciones para recaudar fondos, que ellos llamaron “recuperaciones” que no eran sino asaltos a los bancos” (Cristián Pérez, p. 157).

Al llegar 1970, encaminada la candidatura presidencial de Salvador Allende, el MIR tiene a sus principales dirigentes en la clandestinidad. Otros están en prisión. Aunque dudoso del camino de las urnas, Miguel Enríquez, su secretario general, pacta con Allende la suspensión de las acciones armadas y da libertad de acción a sus militantes para votar por él. Luego del triunfo del candidato de la Unidad Popular, el MIR reconoce un cambio en las condiciones políticas y coopera con el recientemente elegido mandatario, entregándole información valiosa de conspiraciones para impedir su ratificación en el Congreso Pleno. Y luego, como lo señala nuestro autor en el fragmento anterior, el MIR se compromete activamente con la seguridad del nuevo Jefe de Estado.

Durante el gobierno de la Unidad Popular, el MIR realizó un fuerte trabajo de crecimiento en el movimiento estudiantil y poblacional, y mantuvo un duro enfrentamiento político e ideológico con el Partido Comunista y con sectores del Partido Socialista, particularmente en relación a las dimensiones militares de la lucha por el poder. Donde

para los comunistas se necesitaba consolidación de los avances y amplitud de las alianzas, para los miristas se requería poder popular con capacidad político-militar.

El 11 de septiembre de 1973, la Dirección Nacional del MIR, evaluando las condiciones concretas, toma la opción del repliegue y no del enfrentamiento temprano con las fuerzas golpistas. Luego da instrucciones a su aparato militar (la Fuerza Central) para desactivar sus planes de contingencia. La urgencia, en el momento, era tratar de conseguir alguna capacidad para organizar el funcionamiento clandestino de la Comisión Política y del Secretariado Nacional. Si bien es cierto que el repliegue salvó muchas vidas miristas, no impidió que desde el mismo once se desplegara la más feroz y brutal represión contra el movimiento, conducida primero desde el Servicio de Inteligencia de la Fuerza Aérea (SIFA), la que plantea en un momento una negociación a través de Laura Allende, ofreciendo libertad a los presos a cambio del fin de sus actividades. Esta propuesta fue rechazada por los presos y la Dirección del partido.

Luego la DINA toma la posta represiva bajo la conducción de Manuel Contreras. Esta represión sistemática y brutal desmanteló la organización de modo tal que ésta nunca más pudo reponerse. La baja de prácticamente todos sus cuadros militares y de sus más destacados dirigentes públicos fue demasiado castigo para una organización tan joven como el MIR. Luego de la trágica coyuntura que culmina con la muerte de Miguel Enríquez, el partido intentó dos esfuerzos de rearticulación, uno a través del rearme de su Fuerza Central para desde allí desarrollar algunas acciones de perfilamiento y otro de construcción de una columna guerrillera en el sur de Chile, en la cordillera de Neltume. Ambos intentos eran parte de la Operación Retorno. Esta operación terminó siendo un gran fracaso que significó en la apreciación del autor Cristián Pérez el inicio del ocaso definitivo de esta organización que se había constituido para tomar el poder por las armas.

Fragmento V: Disparos y torturas (1973-1975): Los últimos días de Miguel Enríquez

El cinco de octubre de 1974 murió Miguel Enríquez en la calle Santa Fe, comuna de San Miguel. Al momento de su muerte era la persona más buscada de Chile.

Miguel Enríquez condujo el MIR desde 1967 y le dio su propia fisonomía al movimiento que tomó la conducción de la Federación de Estudiantes de Concepción e inició audaces acciones de propaganda armada, las que incluyeron asaltos a bancos y escarmientos a periodistas. Perseguidos por la policía, con órdenes judiciales en su contra, los miristas aprendieron temprano a vivir en la clandestinidad. Durante el gobierno del Presidente Allende, fueron amnistiados y entraron activamente a colaborar en su seguridad personal.

El día del golpe de Estado, Enríquez se pone a la cabeza de las decisiones, se reúne con dirigentes de otros partidos, resuelve que la Fuerza Central se repliegue y declara que “el MIR no se asila”, marcando una diferencia con militantes y dirigentes de otras colectividades de la izquierda. Enríquez afirma que ningún militante del partido podrá abandonar Chile sin perder su condición de tal a menos que viaje a cumplir una misión encomendada. El desafío a los militares, de la consigna “el MIR no se asila”, llegó a cobrar un precio demasiado alto a la organización. Así fue como el propio movimiento lo reconoció años después.

Bajo esas exigentes condiciones Enríquez debió no solo trabajar políticamente, sino sobrevivir en un entorno cada vez más arriesgado. A pocos días del Golpe, entre los comandantes en jefe de las Fuerzas Armadas, resuelven especializar la represión y la Fuerza Aérea queda a cargo del ataque al MIR. Esta institución instala un gran centro de torturas donde van cayendo poco a poco militantes y dirigentes del partido. Sometidos a brutales tormentos, asesorados por expertos extranjeros en contrainsurgencia, la dictadura empieza a acumular una gran cantidad de información que aprieta un cerco en torno a la organización.

Esta estrategia se eleva en intensidad al momento que Manuel Contreras se hace cargo de la represión y se centraliza el mando en la DINA. Las técnicas de tortura elevaron su brutalidad y sofisticación, utilizando, según el autor, los conocimientos que la inteligencia francesa extrajo de su experiencia en Argelia y todo el bagaje de quienes combatieron los movimientos revolucionarios del Cono Sur de América.

Y una de las tareas principales de esa organización consistía en intentar cazar y matar a Miguel Enríquez. En el camino, como se muestra en el relato de Cristián Pérez, uno a uno van cayendo todos los altos dirigentes del partido. Hasta que la información lleva a la DINA y a sus agentes a la calle Santa Fe, donde se encuentra Miguel Enríquez con su

compañera Carmen Castillo, embarazada, y con otros dos dirigentes. El secretario general del MIR no entrega fácil su vida, resiste por un par de horas contra fuerzas inmensamente superiores. “El teniente de Ejército (DINA) Miguel Krassnoff, que encabezó el operativo (...), fue condecorado por esa acción” (p. 216).

*Fragmento VI: ¡A las armas, camaradas!: El Frente Patriótico
Manuel Rodríguez (FPMR)*

El derrocamiento del gobierno del Presidente Allende vendría a provocar profundos cambios en la izquierda chilena. Enfrentarse a un golpe de Estado brutal y exitoso, conducido por unas Fuerzas Armadas que se creían básicamente leales y constitucionalistas, demolió convicciones fundamentales que se abrigan en la izquierda chilena prácticamente durante todo el siglo XX.

“El golpe militar de septiembre de 1973, puso en tela de juicio la estrategia de la izquierda chilena para materializar la revolución socialista, en especial la del Partido Comunista denominada Frente de Liberación Nacional, más conocida como “vía pacífica”. Esta política se sustentaba en tres pilares: 1) La unidad política de la clase obrera, que era la unidad de los partidos con mayor influencia en el movimiento obrero (Partido Socialista y Partido Comunista). 2) La unidad sindical, en base a la constitución de una sólida organización como la Central Única de Trabajadores, que se fundó en 1953. 3) La alianza de la clase obrera con el campesinado. Esta política postergaba indefinidamente la lucha armada para la toma del poder” (p. 222).

Esta tesis, primero soterradamente, pero luego de modo explícito, empezó a ser cuestionada por la máxima dirigencia comunista mundial. Su vocero más explícito fue el ideólogo del Partido Comunista de la Unión Soviética, Boris Ponomarev. Él sostuvo que la “revolución debe ser capaz de defenderse y estar preparada para utilizar la violencia revolucionaria contra la violencia reaccionaria” (p. 224).

El debate pronto aterrizó en el seno de la cúpula comunista chilena, esparcida en el exilio en distintos países socialistas, en particular en Cuba, la Unión Soviética y la RDA. La conclusión es precisa: hay que iniciar cuanto antes la formación de cuadros militares que puedan co-

laborar tanto con los sectores de las Fuerzas Armadas partidarios de la democratización de esas instituciones, como en la tarea de hacer viable la perspectiva socialista.

Esta formación de cuadros no era un simple entrenamiento en escuelas guerrilleras, sino una formación sistemática en escuelas militares de sus cuerpos armados regulares. En ese proceso de formación llevado a cabo particularmente en Cuba se constituye el núcleo de los militantes que formarían el Frente Patriótico Manuel Rodríguez, entre ellos su futuro líder Raúl Pellegrín.

Pero el viaje de retorno a Santiago de Chile tendría una escala fundamental en esta historia. Ésta es la participación de un significativo contingente de chilenos, en el triunfo del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSNL) en 1979. El jefe de esa expedición fue el militante comunista Sergio Apablaza Guerra (“Salvador”). La participación del multipartidario contingente (había también socialistas, miristas, mapucistas e independientes de izquierda) fue muy valiosa para el sandinismo, particularmente por el alto nivel de formación en especialidades de los milicianos chilenos que se incorporaron a la batalla. Muchos perdieron la vida en las batallas que terminaron con la derrota del dictador Somoza y el triunfo sandinista. Algunos de los soldados internacionalistas continúan su tarea apoyando la lucha guerrillera en El Salvador, donde nuevamente el fragor del combate cobra sangre chilena.

A partir de 1980, el discurso de todas las formas de lucha empieza a ganar un espacio en la política oficial del Partido Comunista. La existencia de los cuadros militares con experiencia real de combate, el impulso de dirigentes destacados —el principal de ellos, Gladys Marín— y el fracaso de la política del Frente Antifascista ante la indiferencia de la Democracia Cristiana, pavimentan el camino a un nuevo diseño estratégico: la Política de Rebelión Popular de Masas (PRPM).

La PRPM era una combinación de distintas formas de lucha, tanto de masas como armadas, que apuntan a crear condiciones ascendentes para la sublevación nacional y el desmoronamiento de las Fuerzas Armadas. “La fuerza militar propia debe estar en condiciones de apoyar la paralización y debilitar al enemigo con acciones de hostigamiento” (p. 245). Es en ese contexto conceptual que surge el FPMR.

En 1983, y en medio de no pocas tensiones internas, el Partido Comunista acepta el ingreso a Chile de algunos oficiales militares para los efectos de poner en marcha el FPMR y las Milicias Rodriguistas, y

de esa manera desplegar la Política de Rebelión Popular de Masas. Entre ellos Raúl Pellegrín. Antes, partir de 1980, utilizando sus estructuras militares tradicionales, el PC ya empieza a desarrollar una línea activa de sabotaje a tendidos eléctricos. Pero en 1983 también se inician las protestas sociales convocadas por la Confederación de Trabajadores del Cobre, como respuesta a la severa crisis económica que vivía el país. El Partido Comunista estaba convencido de que se podía radicalizar ese momento político mediante la adición de componentes armados a la movilización social.

El Frente se constituye con una Dirección Nacional responsable del trabajo operativo, la que recibe sus orientaciones del Partido Comunista a través de la Comisión Militar de esta organización. “Guillermo Teillier (‘Sebastián’), el jefe de ésta, entrega los lineamientos generales para la acción del Frente y actúa, a su vez, como enlace con los demás dirigentes comunistas.” (p. 249).

Luego de un exitoso apagón nacional de diciembre 1983, a inicios de 1984 el Frente se da a conocer a la opinión pública. En ese año el Frente realiza un conjunto amplio de acciones, asaltos a trenes, armerías, secuestros, ocupación de medios de comunicación. Junto con ello desarrolla una completa estructura de cuadros, formación, logística y comunicaciones. Además de ese esfuerzo del aparato militar, está también la promoción de las Milicias Rodriguistas, donde los jóvenes, particularmente en las poblaciones, se incorporaban a acciones paramilitares y de agitación y acompañaban con barricadas y bombas molotov las protestas nacionales a que llamaban los referentes sindicales.

El año 1985 el Partido Comunista empieza a poner en marcha el plan estratégico de sublevación nacional. En poco más de dos años, el Frente y las Milicias están en pleno despliegue. Sin embargo, según sostiene nuestro autor, los datos de realidad que se percibían en las poblaciones, en particular la facilidad para “liberar territorios” de la presencia policial, llevó al Frente a una lectura equivocada de esa mezcla de descontento social y contención de la fuerza represiva, en una coyuntura, además, donde al interior del régimen había poca claridad del camino a seguir.

Esta lectura de la contingencia marcada por las protestas sociales y el control territorial llevó a la dirección a pensar que 1986 debe ser “el año decisivo”. La cuestión principal para concretar ese diseño supo disponer de abundante armamento. “Se inicia, entonces, un operativo

internacional, que al año siguiente sería conocido como Carrizal, cuyo objetivo era dotar al Partido Comunista y al FPMR de una cantidad importante de armas industriales para iniciar la sublevación nacional” (p. 271). Carrizal, playa al norte de Huasco, Tercera Región, fue el lugar elegido para internar un importante arsenal, donación vietnamita, ingresada a Chile mediante una operación organizada por el gobierno cubano. El segundo ingreso de armas fracasa porque las operaciones, de gran envergadura, son detectadas por los servicios del régimen. Miles de fusiles, centenares de lanzacohetes, granadas y explosivos son incautados y muchos rodriguistas capturados.

Sin embargo, y pese al impacto del descubrimiento de los arsenales de Carrizal, el Frente pone en marcha “otra acción estratégica: Operación Patria Nueva, más conocida como Siglo XX. Se trata de acabar con la vida de Augusto Pinochet mediante una emboscada de aniquilamiento” (p. 276). La emboscada fracasa, aunque cobra la vida de varios escoltas de Pinochet, por problemas de elección y uso de armamento y de cobertura de la retaguardia de la emboscada. Pinochet escapa con vida.

Se inicia una intensa represión sobre el conjunto de la oposición. Y los efectos políticos combinados del descubierto desembarco de armas y del frustrado atentado, sumados al cansancio de años de protestas sociales, provocan un cuadro en donde las aspiraciones contenidas en el plan del “año decisivo” no solo se desvanecen sino que conducen la hipótesis militar del Partido Comunista a un severo aislamiento. El resto de la oposición, incluyendo antiguos aliados del Partido Comunista, fuerzas de izquierda y centro empiezan a converger en la estrategia que daría lugar al triunfo del No en el plebiscito de 1988. El Partido Comunista, consciente de los problemas, intenta ajustar su táctica, restringiendo el margen de maniobra de los jefes del Frente.

En respuesta, a mediados de 1987 en medio de la visita del Papa, los comandantes del Frente resuelven autonomizarse del Partido Comunista. En el episodio a su vez, los comunistas deciden revisar la política puesta en marcha a inicios de los años 80. El Frente Autónomo recluta a la mayoría de los cuadros con formación militar del PC y continúa sus acciones, incluso después del triunfo del No.

Además se desata la represión más dura contra el FPMR desde el día siguiente del atentado a Pinochet. Por casi un año los servicios de seguridad se dan a la tarea casi exclusiva de liquidar al Frente. Median-

te una acción sistemática de seguimientos, chequeos y torturas, logran formarse un cuadro de la estructura de la organización que les permite atacar y asesinar a decenas de frentistas. La acción más brutal ocurre el 16 de junio de 1987, cuando la CNI asesina a un grupo de frentistas, quienes habían sido previamente detenidos. Estos, luego de ser salvajemente torturados, son trasladados a una casa donde los agentes simulan un enfrentamiento y los asesinan disparándoles a quemarropa. Es la Operación Albania.

Pese a la euforia ciudadana por la derrota pacífica de la dictadura, el Frente Autónomo, bajo la conducción de Raúl Pellegrín y de Cecilia Magni, despliega el último intento de poner en marcha la política de Guerra Patriótica Nacional, a partir del asalto al cuartel policial de Los Queñes, en la Sexta Región. Esta política, profundamente aislada del acontecer nacional, termina con el asesinato cruento a manos de carabineros de los dos jóvenes jefes frentistas. Este episodio simboliza tristemente el momento definitivo del fin del Frente.

Luego, incluso en democracia, el Frente sigue protagonizando acciones, entre ellas el asesinato del senador Jaime Guzmán, y, luego, la audaz fuga de sus responsables en un helicóptero desde la cárcel de Alta Seguridad. Pero con independencia de la espectacularidad y relevancia pública de estos atentados, estos solo representaban los estertores de una política que había sido sepultada por la indiferencia de sus protagonistas respecto de los acontecimientos políticos nacionales, por la represión brutal y por el cierre del ciclo de Pinochet a la cabeza del Estado.

Epílogo: la izquierda como experiencia global

Estas seis historias bien podrían ser hebras de una novela o preguiones de estupendas películas reflexivas de cine *engagé*. No obstante, constituyen un aporte duro e insustituible para elaborar una panorámica completa de la historia política chilena. Destaco, para terminar, algunas de las lecciones que deja la lectura de este libro desde esta perspectiva general.

Vidas Revolucionarias presenta una realidad que desenmascara el llamado Plan Z, presunto proyecto militar ultraizquierdista, que fue redactado a cuatro manos entre la CIA y asesores chilenos de la recién

instalada Junta de Gobierno³. Esta farsa fue presentada inmediatamente después del Golpe del 73 y alimentada posteriormente por el discurso público de Pinochet y de la derecha, magnificando la amenaza que significaron estos intentos político-militares emanados de la izquierda. Lo decisivo, sin embargo, reside en la evidencia incuestionable de la debilidad estratégica de esa opción militar y la dramática fragilidad de su capacidad operativa real. Esto quedó demostrado, por lo demás, en el éxito de las campañas de exterminio de la dictadura.

Un mérito del trabajo de Pérez consiste en abrir estos problemas más allá de las circunstancias locales. Esta izquierda derrotada en Chile en 1973 y luego destruida por la represión o desgastada por el aislamiento político, fue parte de un proceso global que tuvo en su origen el impacto del triunfo de la revolución cubana. Este acontecimiento, para ser bien entendido en toda su importancia cincuenta años después, fue asumido en su oportunidad por muchos en América Latina como un segundo intento de concretar la pretendida independencia nacional. Tampoco debe desestimarse lo que se perfilaba ya entonces como un fracaso norteamericano en Vietnam. En los años 80 le correspondió a la revolución sandinista volver a iluminar ese faro. Por tanto, el origen de este camino en Chile no surge de la inspiración autónoma de mentes iluminadas. Su fuente principal son experiencias históricas de alcance global, marcadas por la Guerra Fría, que impactaron profundamente en la infancia, en la juventud y en la edad adulta de los hombres y mujeres de que nos habla Cristián Pérez.

Otro aspecto valioso en la reconstrucción histórica de Pérez es el peso que otorga a la lectura que una parte importante de la izquierda hizo del proceso vivido posteriormente al Golpe. La tesis de la excepcionalidad de la experiencia de la Unidad Popular (la *vía chilena* al socialismo) fracasó y fue derrotada por la fuerza, cumpliendo con el vaticinio de muchos de los que respaldaban la otra vía. Estos escépticos de la singularidad de combinar socialismo con democracia formal, murieron defendiendo un proyecto que compartían en su inspiración pero no en su estrategia. Ellos jamás creyeron que un proceso de transformaciones tan profundas como el que proponía el Presidente Allende podría materializarse sin grandes confrontaciones.

³ Ver Informe Church, Senado de los Estados Unidos.

La discusión de las causas de la derrota fue muy intensa, y dividió a militantes y dirigentes de la izquierda en Chile y en el exilio por casi una década. A la luz de este análisis, debe advertirse que los grupos estudiados por Pérez tenían un gran punto de sabiduría política, toda vez que la experiencia enseña, y en este caso duramente, que giros históricos de gran magnitud siempre han incluido formas armadas o algún grado explícito de control del poder militar. Si no, por definición los cambios han de ser moderados y graduales.

Es necesaria una consideración final sobre el carácter tan trágico de esa generación que se consumió en nombre de la revolución. La cárcel, la tortura y la muerte son el corolario de las trayectorias de esos militantes que decidieron entregarlo todo por el sueño de la construcción socialista. Lejos de la retórica política de los revolucionarios de salón, de la verborrea discursiva ejercida desde la cómoda tribuna parlamentaria, estos compañeros decidieron dejarlo todo en el intento. Su fracaso está teñido de heroísmo, pero de un heroísmo de bajo perfil. El grueso son héroes anónimos. Y sus tumbas, las que se conocen de estos héroes anónimos, están repartidas por todo el planeta.

* * *

EL ÉXITO DE UN FRACASO*

Lucas Sierra I.

1. Introducción

La cita con que empieza la primera página del libro de Cristián Pérez (sacada del testimonio de un cubano que había combatido con el Che en Bolivia, algunos meses después de haber sido fusilado este último), anticipa la, quizás, principal sensación que deja la lectura del libro. Cito:

Siéntese y escriba —le digo—: “Hoy, día 14 de febrero de 1968, nosotros los sobrevivientes de la guerrilla del ‘Che’ en Bolivia, al llegar al pueblo de Sabaya y ver las condiciones en que este se encuentra: la escuela sin pupitres, sin cuadernos, sin lápices; nosotros, en nombre de la Guerrilla y del comandante ‘Che’ Guevara, donamos cuatrocientos dólares para la adquisición de material escolar. Hacen entrega: Pombo, Urbano, Benigno; la suma la reciben el señor alcalde y el señor contrabandista ‘fulano de tal’. Le hicimos firmar un original y dos copias. Una la entregamos al alcalde en presencia del pueblo. Luego nos dimos a la tarea de salir de allí”.

Los donantes de esos US\$ 400 para útiles escolares iban escapando del Ejército boliviano hacia Chile, donde debían esperarlos miembros del Ejército de Liberación Nacional, los “Elenos”. Sus condiciones eran precarias. Venían arrancando desde muy lejos y en condiciones difíciles.

Pero lo más notable es lo que describe Cristián Pérez sobre la reacción de los habitantes de Sabaya, los supuestos beneficiarios del

LUCAS SIERRA. Abogado, Universidad de Chile. LL.M. Universidad de Yale. Ph.D. Universidad de Cambridge. Profesor de Derecho de las Telecomunicaciones, Universidad de Chile. Director (i) del Centro de Estudios Públicos (CEP). Dirección electrónica: lsierra@cepchile.cl.

* Presentación del libro *Vidas Revolucionarias* en la Feria Internacional del Libro de Santiago, el día 28 de octubre de 2013.

generoso regalo de los revolucionarios. Dice el autor: “Los habitantes de Sabaya no se inmutan, permanecen entre incrédulos y temerosos. El llamado a la revolución cae en tierra árida”.

Esta es la sensación que produce la lectura del relato extraordinario que ha construido Pérez después de una paciente y meticulosa investigación.

El libro va dando cuenta de grandes gestos, de grandes gestas, que, a la larga, no prosperan. Proyectos que se diluyen o que son, finalmente, derrotados o aniquilados.

Por lo mismo, en este relato de Cristián subyace una épica. La épica que suele acompañar a la derrota. Esa ética rara, discutible, que subyace en la inmoción. Vidas que se inmolan llamando a la revolución, vidas extraordinarias, fascinantes y entretenidas, vidas individuales y colectivas, pero el llamado a la revolución que hacen y pagan, termina, inexorablemente, por caer en tierra árida.

Pero hay algo en relación con estas vidas revolucionarias que no cayó en tierra árida. Quizás no es algo que haya estado necesariamente en la mente de quienes las vivieron, pero sí ha tenido que ver con ellas. Volveré sobre esto hacia el final.

A pesar de su título, éste no es un libro sobre biografías individuales solamente. Hay datos personales, por supuesto, y son muy interesantes y a ratos sabrosos, pero este libro es un estudio sobre fenómenos históricos, es el libro de un historiador. Y de uno que sabe escribir bien.

Además de varias biografías, los sujetos de la acción, los sujetos de esta historia, son cinco grupos que entre 1967 y 1996, sumaron al discurso político de izquierda la empuñadura de las armas: los “Elenos”, el Sindicato Alianza de San Esteban, el MIR, el GAP y el FPMR. Hay una cierta secuencia cronológica entre ellos. Entre algunos, además, hubo vínculos políticos y personales.

2. El brazo del Che en Chile

Los “Elenos” constituyeron el capítulo chileno del Ejército del Che, ése de la donación de US\$ 400 al impertérrito pueblo de Sabaya en Bolivia. Cristián nos cuenta que uno de sus primeros contactos en Chile fue Jaime Barrios, un ingeniero que en la primera mitad de los años '60 fue a Cuba como técnico en materias económicas. Volvió, es-

tuvo con Allende en La Moneda para el Golpe, desde donde fue llevado al Regimiento Tacna, y de allí se pierde su rastro hasta hoy. Otra persona importante en la formación de los “Elenos” fue el periodista Elmo Catalán, quien también estuvo en Cuba y en 1969 se fue a combatir a Bolivia con lo que quedaba de las fuerzas del Che. En 1970 murió a manos de un compañero en Cochabamba por, aparentemente, un lío de faldas. Su nombre fue usado luego por la brigada muralista del PS, lo que habla de la vinculación que hubo entre los “Elenos” y ese partido, en cuyo aparato varios pasaron a militar. De hecho, algunos participaron en los efímeros actos de resistencia el día del Golpe, en la industria Indumet y en la población La Legua. Los “Elenos” también tuvieron que ver en la formación del GAP, con el MIR y algunos de sus militantes habían participado en la batalla del fundo San Miguel, en San Esteban, departamento de Los Andes, en julio de 1968.

3. La batalla de San Miguel

Este es un segundo fragmento del libro y el hecho que describe puede ser considerado como un primer indicio de los hechos políticos de fuerza que luego vendrían en el campo chileno.

En medio de un conflicto con sus patrones por mejoras salariales, miembros campesinos del Sindicato Alianza de San Esteban, vinculados al PS, decidieron tomarse el fundo San Miguel, al mando de una dirigente de 23 años. Tenían algunos revólveres, escopetas, rifles, una metralleta checoslovaca, con el escudo de armas del Ejército boliviano y un cargador con 20 tiros.

Poco pudo hacer ese reducido arsenal frente a las fuerzas de carabineros que el 31 de julio de 1968, con tanquetas y tropas de infantería, tomaron por asalto la toma, venciendo rápidamente a los alzados y llevándoselos detenidos a Valparaíso. Cuenta Pérez que en la cárcel del puerto debieron mover unos fardos de pasto para hacer espacio a los más de 100 detenidos que fueron en un primer momento. En un acto de ingenio y rebeldía, al moverlos construyeron la misma trinchera que habían levantado en la toma del fundo San Miguel. Tan parecidas eran, que al despertarse al día siguiente, uno de los campesinos, “con bajo coeficiente intelectual”, precisa el autor, gritó: “¿Qué fundo nos tomamos ahora, compañeros?” Una nota de humor, en medio de una situación generalmente trágica (que no faltan en este texto, ni las unas ni las otras).

Hubo dos víctimas fatales a raíz de la batalla del fundo San Miguel. Una infinitamente más triste que la otra. Algunos de sus protagonistas cayeron tras el Golpe, varios debieron partir al exilio.

4. Amigos personales

Desde el intento de revolución campesina en el valle del Aconcagua, el autor nos lleva a un acontecimiento fundamentalmente urbano: el Grupo de Amigos Personales (GAP). Este fragmento se inicia con un relato fascinante y lleno de suspenso, en la noche del 10 al 11 de septiembre de 1973. La guardia pretoriana del Presidente Allende espera acuartelada un golpe de Estado, algo que era un rumor, un secreto a voces, una posibilidad que en esos días ya había adquirido una presencia atmosférica. El grupo estaba en sus dependencias de las casas de El Cañaveral y Tomás Moro.

A las 07:35 del 11 de septiembre, cuando el alzamiento de la Armada en Valparaíso era ya un hecho sabido, y se oían rumores de tropas del Ejército moviéndose hacia el centro de Santiago, los GAP acompañan al Presidente Allende en su viaje hacia La Moneda. La caravana de autos Fiat 125 enfiló rauda y armada hacia el centro. El Presidente llevaba el fusil AK-47 que le había regalado el Comandante Fidel.

El grupo del GAP que logró entrar con el Presidente al palacio resistió a los militares hasta algunas horas después del mediodía. Otro grupo, encabezado por “Bruno”, uno de los jefes más importantes del GAP, increíblemente se baja de su camioneta camino a La Moneda, frente a la Intendencia de Santiago, para preguntar a unos carabineros cómo iban las cosas, creyendo cándidamente que eran leales al Gobierno. Para su sorpresa, la de sus catorce hombres y la de los lectores del libro, son inmediatamente encañonados y arrestados, sin disparar un solo tiro.

Varios de ese grupo, como los que intentaron resistir en La Moneda y en las demás casas presidenciales, corrieron una suerte parecida: fueron detenidos, ejecutados, varios tirados al río Mapocho un par de días después del Golpe, otros aparecieron, mucho después, en el Patio 29. Otros, en fin, permanecen desaparecidos hasta el día de hoy. Hubo sobrevivientes, claro, muchos de los cuales en el exilio, donde fueron sistemáticamente entrevistados por el autor para, junto a otras fuentes, dibujar el cuadro probablemente más completo que existe del dispositivo de seguridad que rodeó a Salvador Allende, un dispositivo que exis-

tió y operó por el borde externo de la legalidad, y en el que, también, se entrecruzan las distintas vidas revolucionarias que revive este libro: hubo algunos “Elenos” en él, también miembros del MIR —grupo que controló el GAP en una primera etapa—, y del PS, que lo controló en la segunda y final.

5. El MIR: panorama y zoom

Tras el estudio del GAP el libro pasa revista en dos capítulos al MIR. El primero estudia la evolución del grupo, desde su formación a mediados de la década de 1960 hasta su última baja en 1989, después del plebiscito y poco antes de las elecciones que llevaron a Patricio Aylwin al poder: en la noche del 4 de septiembre de ese año cayó acribillado por agentes de la CNI Jécar Neghme, vocero de la fracción política del MIR.

Este primer capítulo empieza con un epígrafe notable. Es el comentario hecho ante las cámaras de Canal 13 “por una joven y buenamoza” testigo del asalto que el 20 de agosto de 1969 un comando del MIR hizo al Banco de Londres en Santiago: “Los asaltantes eran altos, se veían regios: ¡Me encantaron!”.

El segundo capítulo dedicado al MIR se concentra en su figura más emblemática: Miguel Enríquez y su muerte en combate en octubre de 1974.

La narración del primer capítulo se abre, también, con la noche del 10 al 11 de septiembre de 1973. El grupo de elite del MIR, la “Fuerza Central”, se encuentra acuartelada en distintas casas de seguridad, bajo la espada de Damocles en que se había constituido la posibilidad de un Golpe. Tras la experiencia que habían tenido con el Tanquetazo un par de meses antes, cuando no habían alcanzado a constituirse para actuar, ahora estaban en estado de alerta. Sin embargo, salvo un enfrentamiento en la Industria Indumet —en el que participó Miguel Enríquez— y otros pocos hechos puntuales, la Fuerza Central se quedó a la espera de órdenes para entrar en acción, órdenes que nunca llegaron, ni el día 11 ni después. El libro elabora algunas hipótesis interesantes para tratar de explicar este sorprendente hecho.

Luego, el relato de Pérez se lanza a recorrer la historia del MIR desde su fundación, en un local del centro de Santiago, el 15 de agosto de 1965. A partir de 1967, el grupo adopta una actitud más radical, con

la llegada a su dirección de los estudiantes penquistas, Miguel Enríquez entre ellos. Así, por ejemplo, empezaron lo que ellos llamaban “recuperaciones”, que eran asaltos a bancos. Luego, pasaron a la clandestinidad. Una clandestinidad relativa en tiempos de Allende ya que, como vimos, el MIR estuvo a cargo del GAP hasta mediados de 1972.

La clandestinidad se hizo dramática tras el Golpe de 1973, pues las fuerzas de seguridad de la dictadura se lanzaron en jauría tras el MIR. El SIFA y la DINA compiten en su caza. Y comienzan a caer. Bautista von Schouwen (el “Bauchi”), uno de los dirigentes históricos, cayó en diciembre de 1973. Fue una de las primeras bajas de importancia, de una seguidilla que vendrían después, culminando con la muerte en combate de Miguel Enríquez a manos de la DINA el 5 de octubre de 1974.

A este episodio, casi mítico a estas alturas, el libro hace un *zoom* en el capítulo siguiente, un *zoom* que empieza con una perturbadora imagen: es la calle Santa Fe en la comuna de San Miguel. Miguel Krasnoff y un suboficial caminan mirando las casas, buscando. Hay niños jugando en la calle. Uno de ellos les indica con un gesto la casa azul-celeste, a la que los dos hombres, con armas evidentemente ocultas en sus ropas de civil, se dirigen.

Hay también otras imágenes perturbadoras: los combatientes que sucumben a la tortura y no sólo hablan, sino que se pasan al bando de los torturadores. Es la compleja humanidad que se pone en juego en estas circunstancias extremas y dramáticas, dejándonos preguntas que tal vez nunca podamos contestar. Quizás, sólo la literatura es capaz de encarar esas preguntas insondables, como el intento que hace Arturo Fontaine con su novela *La vida doble* (2010), un trabajo literario que algún parentesco tiene con el trabajo histórico que ahora presentamos.

Pero antes de concentrarse en el extraordinario episodio del combate y muerte de Miguel Enríquez, el libro de Pérez sigue desplegando la historia del MIR en los duros años tras su muerte. Viene la reorganización en el extranjero y la Operación Retorno, que empieza en 1977-78. Uno de los lugares seleccionados fue Neltume, en la cordillera a la altura de Valdivia, la zona donde el mismo 11 de septiembre de 1973, José Liendo (el “Comandante Pepe”), al mando de un grupo de campesinos, abrió fuego contra el retén de carabineros de Neltume.

En el marco de la Operación Retorno comenzaron a ejecutarse las primeras acciones el año 1979, con asaltos o “recuperaciones”. Es la Fuerza Central del MIR otra vez en acción. Como recién se apuntó,

un hecho importante del Retorno fue el campamento guerrillero que, a principios de 1980, los miristas montaron en Neltume. Fueron descubiertos en junio de 1981. En los meses siguientes empezaron a caer todos. El mismo año se inicia el proceso de decadencia del MIR, el que sufrió golpes importantes como las operaciones en las calles Fuenteovejuna y Janequeo, en septiembre de 1983. Este declive, como se apuntó más arriba, terminó con el asesinato de Jécar Neghme en 1989. Aquí se cierran los dos capítulos que el libro dedica al MIR, quizás el equivalente más cercano al Che y su ejército en nuestra conciencia colectiva.

Y a continuación se abre el último fragmento de estas vidas revolucionarias, uno cuyas acciones son un poco más recientes y, por lo mismo, están más frescas en la memoria. Se trata del brazo armado del Partido Comunista: el Frente Patriótico Manuel Rodríguez.

6. Los últimos tiros: el FPMR

El talento literario de Cristián Pérez una vez más se luce en la obertura: La imagen es de una mujer, “buenamoza”, que contempla las aguas del río Tinguiririca, fumando un cigarro. Era la mañana del jueves 27 de octubre de 1988. Luego se le acerca un hombre más bien delgado, le dice algo al oído y ella lo abraza con ternura. Estaban en la cordillera, más o menos frente a Curicó. El paisaje es idílico, la primavera ya está en forma. Hay una calma aparente, que un rato después se rompió violentamente por la irrupción de innumerables efectivos del GOPE de Carabineros. Pocos días después, los cuerpos torturados y baleados de la pareja son encontrados flotando en el Tinguiririca. Eran “Tamara” (Cecilia Magni) y “José Miguel” (Raúl Pellegrín), máximas figuras del Frente, que días antes, para el Plebiscito de 1988, habían ocupado el pueblo y retén de Los Queñes.

Abrir el capítulo del Frente con ese suceso es muy acertado, pues da una idea del proceso que experimentó el Frente en relación con el proceso político general de Chile entre dictadura y transición. El análisis histórico-político que el libro hace de este proceso es extraordinariamente valioso.

La preparación del Frente comenzó en abril de 1975, con el ingreso de 28 comunistas chilenos a la Escuela Militar Camilo Cienfuegos en La Habana, tras conversaciones entre chilenos en el exilio, soviéticos, miembros de otros países tras la Cortina de Hierro y Fidel, en

una operación que refleja la Guerra Fría en todo su esplendor. El hecho del ingreso a esa escuela militar es revelador: el Frente aspiró siempre a ser una estructura militar, con grados y disciplina castrense.

Algunos de sus líderes se foguearon en Nicaragua combatiendo contra las fuerzas de Somoza, como una antesala de la puesta en práctica de la “Política de Rebelión Popular de Masas del PC”. En noviembre de 1980, Santiago, Valparaíso y Viña del Mar quedaron a oscuras por un apagón provocado por el derribe de torres de alta tensión. Al año siguiente fueron saboteadas torres cuando se transmitía el Festival de la Canción. ¿Los autores? Un tal comando “Manuel Rodríguez”. Un par de años después, en medio de la crisis social y económica de 1983, ese comando se transformaría en el FPMR, bajo la dirección de Raúl Pellegrín.

La actividad del Frente fue intensa: apagones, acciones de propaganda armada, “recuperaciones” y dos hechos mayúsculos: la internación de armas por Carrizal y el atentado contra Pinochet y su comitiva, entre 1985 y 1986. Todo con el objeto de lograr un estado masivo de rebelión popular. Ambos hechos están relatados con precisión y maestría. En ellos se aprecia la humanidad de la vida, en la que la disciplina y los férreos ideales se entremezclan con las pasiones y los instintos. Basta citar la relación de los comandos encargados de la internación de armas en Carrizal con la casa de putas de Vallenar, algo que, de alguna manera, recuerda la muerte en 1970 de Elmo Catalán en Cochabamba. La vida misma: trágica y cómica al mismo tiempo, en una mezcla tan potente como compleja.

Esa complejidad se empezó a observar en los años siguientes, marcando su inicio la Operación Albania, el golpe asesino que la CNI asestó al Frente en 1987. El relato de Cristián Pérez se adentra en las entrañas de la organización y de su relación con el PC, del cual se empezaron a autonomizar en ese año, separándose de la línea política que tomó el partido e insistiendo en la estrategia militar, en lo que se llamó la “Guerra Patriótica Nacional”. La cuestión es delicadísima. Pérez la estudia con tanta profundidad como prudencia y tacto. El asalto a Los Queñes (un fracaso sonado), pocos días después del Plebiscito (un triunfo sonado), es un hecho elocuente de esa delicada tensión.

Luego vendrán otras acciones, que traspasarán el retorno a la democracia, diluyéndose progresivamente el sentido político de su

actuar. El relato —y el libro— se cierra con el rescate de los frentistas presos en diciembre de 1996, en un helicóptero, desde la Cárcel de Alta Seguridad.

7. El éxito de un fracaso

El trabajo de Cristián Pérez tiene muchos méritos. Enfoca en perspectiva histórica y echa luz sobre una dimensión fundamental de la historia reciente de Chile. Una dimensión que, por las condiciones políticas que la subyacieron, carece de los registros usuales de la historia.

Desde la recuperación de la democracia en 1990, se ha venido intentando recuperarla. Por ejemplo, están los esfuerzos de las Comisiones Rettig (1991) y Valech (2004), en cuales, a partir de trazos, fragmentos y testimonios, se ha buscado entender un pasado del que, deliberadamente, se trató de no dejar huella.

Aquí también radica el valor de este libro. Al valor literario de su relato (un relato casi cinematográfico a veces), se suma la interpretación histórica y, a todo esto, el registro, la búsqueda de huellas. Me tocó presenciar el largo y paciente trabajo de Pérez a través de los años. Lo vi ir y venir, hacia distintos lugares de Chile y hacia distintos países del mundo, con sus entrevistas y testimonios (de ambos lados, vencedores y vencidos), sus listados de fechas, de “chapas” o nombres políticos y de nombres reales. Lo vi chequear y cruzar estos datos con otros testimonios, con los registros disponibles, con informaciones de prensa; para preservar una información que, de otra manera, estaría muriendo con sus protagonistas.

En esto mismo radica el interés del CEP en este proyecto y en su trabajo: tratar de hacer historia antes que sus fuentes desaparezcan para siempre.

Al empezar este comentario dije que una épica de la derrota recorre esta historia. La impavidez de los habitantes de Sabaya ante el regalo en dólares de los guerreros sobrevivientes del Che en 1968 es un símbolo de la aridez con que la tierra recibe el llamado a la revolución, pese a la valentía y pasión que pusieron en ella las vidas que estudia este libro.

Pero esta historia envuelve un triunfo que, tal vez, ni siquiera estuvo en la mente de quienes la protagonizaron. Sus nombres engrosan

los informes Rettig y Valech, y sus caras y biografías se exhiben al público en el Museo de la Memoria y de los Derechos Humanos.

Por esta vía, indirecta, sus vidas y sus muertes participan de un triunfo moral en el mejor sentido que la expresión tiene: la vigencia jurídica, política y, sobre todo, cultural, de los derechos humanos.